

CLAUDE ROY

LOS SOLES DE OCTAVIO PAZ

En Octavio Paz la extrema inteligencia no es un obstáculo para la inspiración, sino todo lo contrario. Los lazos que en él unen la reflexión teórica con el fulgor lírico lo demuestran perfectamente. Hasta se diría que el mismo hombre toma a veces los caminos del rayo, y que otras marcha con paciencia por los senderos del análisis, con el fin de desandar el itinerario recorrido como un relámpago. Si una de las metas fundamentales de la poesía es comunicar al lector cierto estado de plenitud, de armonía y de libertad, un estado que primero sintió el autor y que intenta contaminar con su palabra, Octavio Paz la alcanzó muchas veces. Pero una de las características esenciales de la palabra poética en su fuego más vivo es bastarse a sí misma: de lo que se dijo en el poema logrado parece que no queda nada por decir. Este es el sentido de la interrupción iracunda de André Breton cuando cortó la exégesis vana aunque bien intencionada de un glosador que intentaba "traducir" las metáforas de Saint-Pol Roux y explicar "lo que quería decir con eso": "¡No quiere decir, señor!", exclamó Breton. Tenía toda la razón: la paráfrasis es tan sólo el extinguidor de los fabricantes de frases. Llegan a las brasas de las palabras debajo de las cenizas de la palabrería. A Paz le repugna este ejercicio y no existe en él la tentación de aplicarlo a su obra. Sus escritos en prosa no comentan sus poemas. Retoman los temas centrales de la obra poética en otra modalidad discursiva.

Paz no es de esos poetas que sólo tienen una cuerda en su laúd. Afirma la soberana libertad del escritor que puede pasar de la elegía a la narración, del largo poema de amor al haiku más conciso, de la poesía filosófica a la pura canción donde la música juega airoso con las palabras, de la política al diario de viaje. Pero, barroca o despojada, exaltando las palabras en tempestad o reduciéndolas a su desnudez ascética, la poesía de Paz se parece a esas tormentas tropicales cuyo desencadenamiento y turbulencia siempre dejan en su centro esa zona de calma y de silencio que se llama "el ojo del ciclón".

Siempre se siente cierto malestar ante el hecho de sólo disponer, para hablar de determinadas obras poéticas, de un vocabulario peligrosamente contaminado por la teología y la superstición, por la vaguedad, la aproximación y el vacío —el vocabulario de la mística. Existen una sopa revuelta y una ensalada rusa poéticas en las cuales la jerga religiosa, la espiritualidad de pacotilla y la tontería enfática se cortan tan rápido como una mala mayonesa. Evidentemente, se puede decidir con Freud hablar sólo de un "sentimiento oceánico", o con los neurólogos referirse únicamente a lo que se mide en las curvas del electroencefalograma. Valéry ya decía: "Casi sería religioso o místico por placer si pudiera cambiar los

nombres de los objetos de esas cosas". Pero el señor Teste, que odiaba lo impreciso, comprobó y vivió como mil veces (sus cuadernos lo atestiguan) la experiencia de esos instantes que Mallarmé llamaba "las joyas del hombre". Valéry nunca olvida que "el hombre posee cierta mirada que lo hace desaparecer, a él y a todo lo demás (seres, tierra y cielo), y que lo fija, por algún tiempo, fuera del tiempo". Esto mismo, André Breton lo expresa en una forma un poco distinta al principio del *Segundo Manifiesto*: "Existe un punto en el espíritu donde la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, el pasado y el futuro, lo comunicable y lo incommunicable, el arriba y el abajo dejan de ser percibidos como contradictorios."

El peso de la Historia general y de destino personal que carga Paz, su repartición constitutiva entre la sangre india y la sangre española, entre Quetzalcóatl y San Juan de la Cruz, entre las culturas precolombinas y la tradición de Quevedo, la huella del surrealismo y de André Breton, una larga estancia en la India, la exploración paciente de las filosofías y las religiones orientales (desde la India hasta China y Japón): todo converge, se anula y se cumple a la vez en sus epifanías de cristal. Así, las últimas estrofas de *Piedra de Sol* cuando, una tras otra, las murallas ceden, las puertas se abren y sube del mar un rumor de luz. Paz coincide en esos momentos de suspenso y de gracia con los procedimientos retóricos de los místicos, el proceder negativo del apofatismo, desde Dionisio el Areopagita hasta Wittgenstein. Aquí el lenguaje sólo puede definir su objeto por la negación, por lo que no es o, contradictoriamente, por los antagonismos que abarca.

En un ensayo que data de los años cincuenta, Paz definía el estado interior al cual aspiraba Henri Michaux como "ese estado de no saber qué es el saber absoluto, el pensamiento que ya no piensa porque se ha unido a sí mismo, la transparencia infinita, el torbellino inmóvil". Este indecible lo dicen o lo sugieren "los ojos del ciclón" poético que riman la obra de Paz. Cuando ya se extinguieron esos "resplandores de una pureza absoluta" que quería Mallarmé, aquel que fue iluminado por un instante podría volver al silencio y contentarse con la espera pasiva de la vuelta incierta de la claridad perdida. Pero Paz se empeña en su búsqueda con las armas de la inteligencia y los recursos de la cultura. El poeta "iluminado" pasa el relevo al Paz enciclopedista. Su investigación metódica, la apertura de su compás cultural son verdaderamente prodigiosas. Hay que haber visto —como a mí me tocó— a Octavio Paz vivir en Cambridge (Massachusetts) y en Cambridge (Inglaterra), en México o en París, entre las comunidades científicas de Harvard o del M.I.T. para medir la extensión de sus curiosidades y la acuidad de sus intereses, su arte de ir derecho a las fuentes, de interrogar a los me-

jores especialistas sobre cada disciplina que estudia, de es-
carbar los tesoros más preciosos de las grandes bibliotecas.

Pero el "místico" visitado, el lírico de soberbia violencia, es también un contemporáneo combativo. No faltó a ninguna de las citas de la historia contemporánea, de la guerra de España a la lucha por desenmascarar el estalinismo, de su aguda crítica de la sociedad mexicana a su categórica renuncia al puesto de embajador en Nueva Delhi, después de la masacre de los estudiantes en la Plaza de las Tres Culturas de México en 1968. El visionario y el polemista es también un hombre de cultura que vuelve a dar un sentido a la fórmula un poco desgastada de "ciudadano del mundo". Nadie es más mexicano que Octavio Paz, quien dedicó a su patria un libro clásico: *El laberinto de la soledad*. Pero este latinoamericano que habla y lee varios idiomas, que maneja a la vez las filosofías occidentales y las orientales, se ha adentrado sucesivamente en los presocráticos y en los taoístas, en los místicos españoles y en el tantrismo, en las mitologías de la India y en las cosmogonías de los indios del Norte y del Sur de América. Cada mes, en las revistas que ha dirigido y que dirige (ayer *Plural*, hoy *Vuelta*), sus lectores comprueban que un gran poeta también puede ser un gran escritor de ideas y que los conocimientos del ensayista no se quedan atrás de los fulgores del lírico. El diario de los pensamientos de Paz hace surgir en cada página la destellante nueva idea o la observación justa que da en el blanco. "Sartre no era un buen viajero; tenía demasiadas opiniones"; "los Paraísos del hombre están cubiertos de horcas"; "en pintura, el antiguo espacio habitado por la representación se cubre de enigmas: la obra deja de ser una respuesta a la pregunta del espectador; ella misma se vuelve una interrogante"; "al romper el tiempo

circular del paganismo clásico, el cristianismo afirma que sólo vivimos una vez sobre la tierra y que no hay retorno. Violenta paradoja: esa persona que amamos 'para siempre' la amamos por una sola vez". La inteligencia crepita en estas páginas con la alegría de un fuego de madera seca. Pero no se trata únicamente de la vivacidad de un espíritu respondiendo a los encuentros del camino. Paz persigue tenazmente, como filósofo, la reflexión que le sugiere su intuición central en poesía. "Lectura y contemplación" es un texto admirable, que parte de un asombro primero y fundamental: los hombres hablan mil idiomas, y sin embargo el Espíritu es uno. Comprobamos en las lenguas, las costumbres y los pensamientos la insalvable diferencia entre los vivos y sentimos la necesidad absoluta de considerarlos como nuestros "semejantes". Pero Paz subraya: "La comprensión de los otros es un ideal contradictorio: nos pide cambiar sin cambiar, ser otros sin dejar de ser nosotros mismos."

Paz deja correr un pensamiento tan ágil y fino como erudito y rico en ejemplos. Lequier y los trabajos de Benjamín Lee Whorf sobre el idioma hopi, Tripitaka y Khlebnikov, los mitos de Asia y la lingüística moderna —el mago Paz moviliza a su servicio las gemas de un inagotable tesoro de cultura. Como los grandes humanistas del Renacimiento, intenta descifrar en el universo y las lenguas "un ritmo universal que no es tan distinto del de la música o de las matemáticas". El ritmo mismo cuyo pulso y melodía hacen latir el corazón de sus poemas.

Preguntémosnos, de paso, algo asombroso: ¿no es un verdadero enigma el que la Academia sueca haya ignorado a los dos escritores más grandes de América Latina y que el Nobel no haya sido otorgado ni a Borges ni a Paz?

